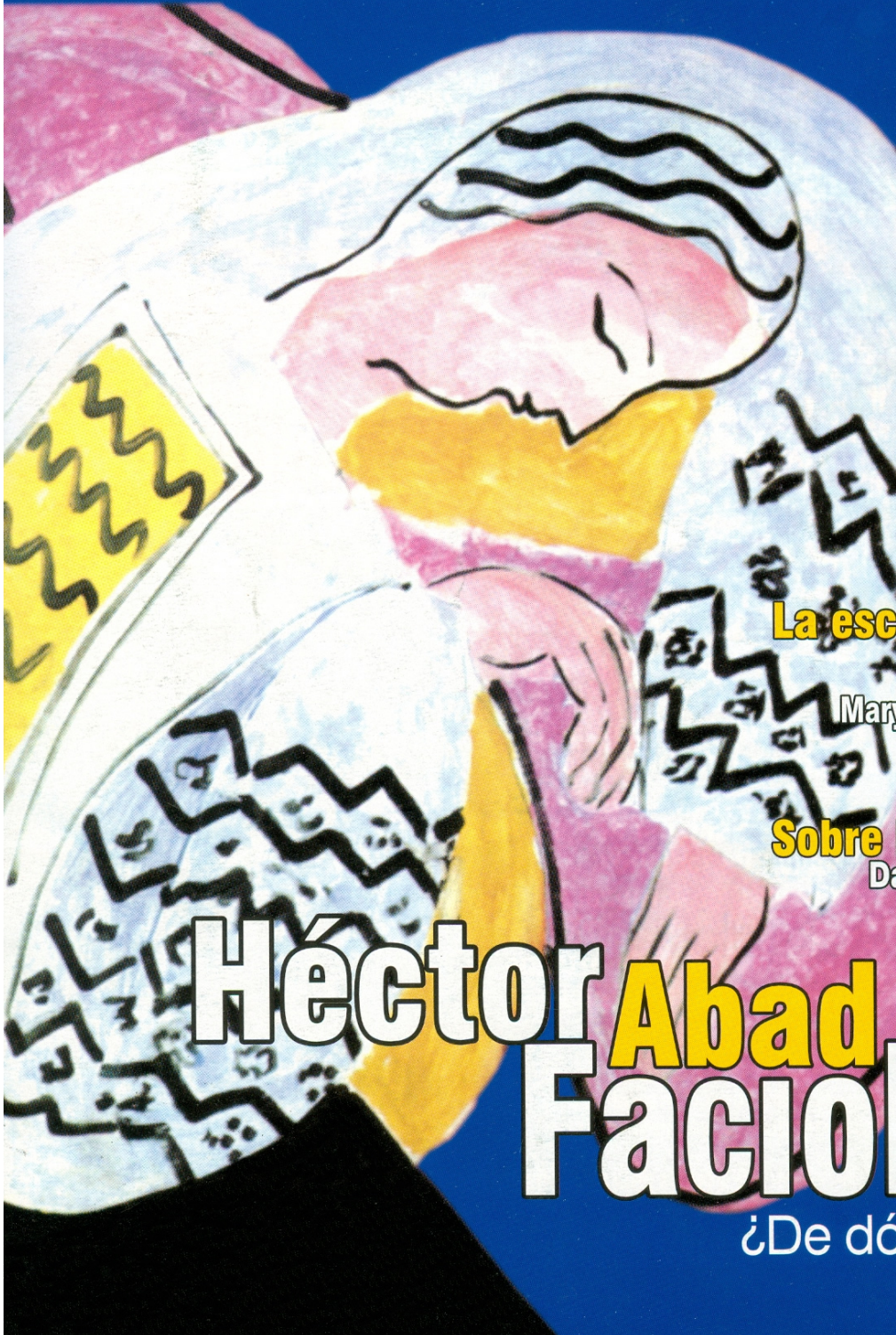


ALMA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



1803

MATER
AGENDA *Cultural*



**La escritura como
antídoto** ◀

Maryluz Vallejo Mejía

Sobre la literatura ◀
Darío Ruiz Gómez

Héctor Abad
Faciolince

¿De dónde salen las
historias?

Presentación

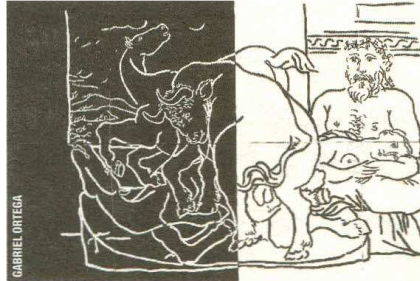
Las páginas de ALMA MÁTER AGENDA CULTURAL en este mes se llenan con la magia de la palabra, pues en torno a ella se convoca **Literatura en Abril**. Evento que nos motiva a entrar en ese universo de emociones, sensaciones, recuerdos y fantasías.

Al invitar muy especialmente a todos nuestros lectores para que disfruten y participen de la programación especial que un evento como **Literatura en Abril** demanda, ofrecemos, a modo de preámbulo, un recorrido por la interesante y rica prosa de Héctor Abad Faciolince, Maryluz Vallejo Mejía y Darío Ruiz Gómez.

Contrastes

El sueño de lo mítico permanece intemporal

El Museo Universitario presenta del 6 al 28 de abril, en el Hall del primer piso, la obra pictórica del maestro Gabriel Ortega



La obra de este artista responde al planteamiento de Walter Benjamin, en el que rescata la idea de obra de arte como objeto de consumo, producto de la tecnología, la reproducción y la serialidad; como sucedió en su momento con todas las obras del pop art, al cual remite. En este sentido esta obra cobra vigencia, pues se equipara a “fotocopias pintadas” que desvirtúan y desmitifican las obras “maestras” de los grandes nombres del arte.

De otro lado, es una obra absolutamente contemporánea por su revisión de las grandes producciones artísticas de la humanidad. Se expresa en ella un homenaje a la trivialidad y a la masificación de lo popular como un nuevo concepto de integrar la vida cotidiana con el arte.

A nivel técnico son obras de gran formato en las que se evidencia un excelente manejo de línea y color contrastado, que hace referencia a la dualidad del ser humano: lo positivo y lo negativo, lo interior y lo exterior, lo espiritual y lo material; una temática mítica que remite al sueño y a la evocación, que permanece intemporal y completamente universal en una totalidad y en el todo fragmentado.

La obra de este artista presenta además del lenguaje plástico su propia vida y alma, un artista que se “vende” con su obra de una manera eficaz.

Su doble nacionalidad, española (velenciana) y colombiana, aplica en su conocimiento la descontextualización de fronteras y territorios, permitiendo a todos nosotros, y a nuestro público, la posibilidad de reivindicar el sueño.

Mauricio Hincapié Acosta, Arquitecto y Maestro en Artes Plásticas.

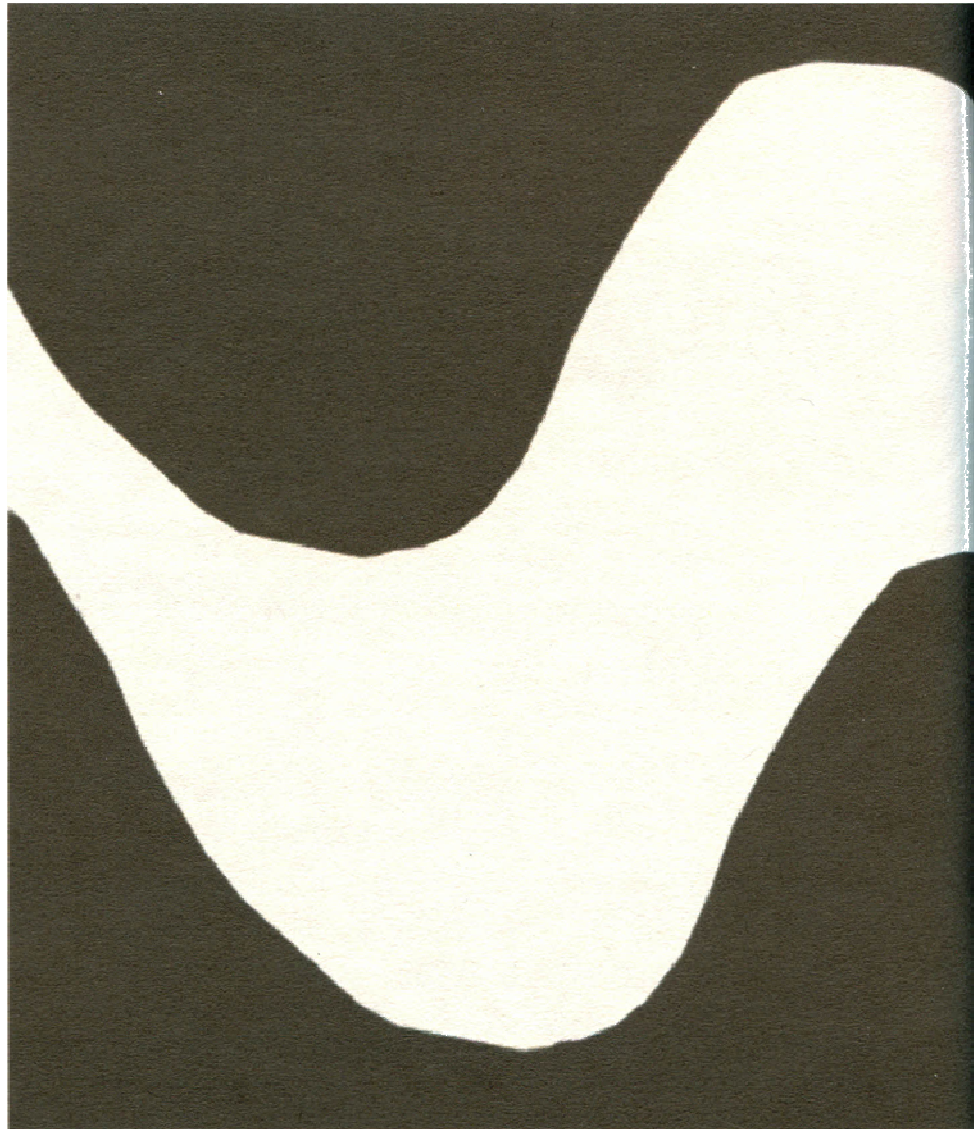
La escritura como

antídoto

Por: Maryluz Vallejo Mejía

En el libro *Conversaciones con Antonio Tabucchi* (Carlos Gumpert, 1995), el novelista italiano sostiene una sugerente tesis sobre los efectos terapéuticos de la escritura: “por ello creo que todo el mundo debería escribir, como ejercicio personal, independientemente de resultados literarios o eventuales publicaciones. Escribir sienta muy bien, es beneficioso para la salud mental del hombre. De la misma manera que el mutismo intoxica, expresarse, hablar y escribir desintoxica”.

Imagine el lector las ventajas que traería el



hábito de la escritura si se empezara a inculcar en las nuevas generaciones, al igual que se estimula la práctica del deporte y de la vida sana. Y como la escritura se alimenta de la lectura, las criaturas convertirían sus libros en mascotas, restando horas a la televisión, y suplirían sus necesidades de comunicación con la escritura, útil para algo

más que hacer tareas: para narrar sus propios cuentos, para escribir a los amigos imaginarios, para llevar la lista de los diarios descubrimientos. Hasta los adolescentes canalizarían los chorros de mala leche y rebeldía en esas actividades placenteramente orientadas. Sin duda las generaciones así amamantadas también

tendrán sus traumas, pero gozarán del poder liberalizador de la palabra. Los niños más vulnerables a la tecnología seguirán padeciendo de autismo, desconectados del mundo real, pero se trata de patologías inevitables porque la tecnología, como predicán sus enemigos, también engendra monstruos: no faltarán los pequeños terroristas cibernéticos capaces de producir pánico financiero y de crear organizaciones delictivas con su gélido dominio de la red.

Cuando Tabucchi hizo esa declaración sobre el poder terapéutico de la escritura, no pensaba seguramente en las posibilidades de Internet para conseguido. Se refería a los métodos tradicionales, por ejemplo, llevar el diario personal, que tanto ayuda para conjurar miedos y fantasmas; escribir cartas de amor y desamor; o nuestras impresiones sobre el diario acontecer en la órbita íntima, doméstica o en el mundo exterior (especialmente a los colombianos



agobiados por la racha de malas noticias, nos serviría de catarsis escribir cartas abiertas expresando nuestro malestar). Entre los adultos se podría incentivar su asistencia a talleres de escritura y de lectura. En Medellín, por ejemplo, existen varias experiencias por fuera de academia, que merecen replicarse. En un taller que dirige el escritor Elkin Restrepo en la Biblioteca Pública Piloto desde hace cinco años, una veintena de personas, en su mayoría profesionales de distintas disciplinas, se reúnen para leer y comentar los clásicos de la literatura. Durante los dos últimos años se han dedicado a las obras completas de Shakespeare, y antes se zambulleron en *El Quijote* y en las Novelas Ejemplares de Cervantes, en *La Iliada* y *La Odisea* de Hornero. En el taller comparten sus experiencias de lectura y sus apreciaciones críticas en una amena conversación, ven películas relacionadas con el tema o escuchan piezas musicales alusivas. En ocasiones hacen lecturas

dramatizadas y escriben sus comentarios sobre el libro que leyeron. En la biblioteca Comfenalco también se han institucionalizado los programas de lectura para el público en general, e incluso se realizan maratónicas jornadas en las que los asistentes leen sin interrupción obras como *Cien años de soledad*; la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia hace lo propio, sin dejar de mencionar a las emisoras culturales que tienen espacios reservados para lecturas selectas de la literatura universal.

Si tantas personas, en lugar de invertir tiempo y dinero en manuales de

superación personal, en terapias con gurús de todos los pelambres y en consultas esotéricas para encontrar el camino, los invirtieran en actividades que nutren el espíritu y se reservaran un tiempo para la propia escritura, hasta el cuerpo astral quedaría limpio como una pátina y la vida sería más amable.

Pero sin duda con el uso de la Internet se ha incrementado la familiaridad con la escritura. El correo electrónico nos ha permitido recuperar viejos amigos perdidos porque las cartas nunca llegaban al buzón. Ahora, quienes desean trabar amistades o tener interlocutores en sus

Pero sin duda con el uso de la Internet se ha incrementado la familiaridad con la escritura. El correo electrónico nos ha permitido recuperar viejos amigos perdidos porque las cartas nunca llegaban al buzón. Ahora, quienes desean trabar amistades o tener interlocutores en sus temas favoritos acuden al "chateo", con su cruce rápido de mensajes; hasta buscan en el espacio cibernética la pareja que no pudieron encontrar en su estrecho mundo, y esas relaciones afectivas surgen con la confianza casi ciega que nos transmite la escritura.

temas favoritos acuden al “chateo”, con su cruce rápido de mensajes; hasta buscan en el espacio cibernética la pareja que no pudieron encontrar en su estrecho mundo, y esas relaciones afectivas surgen con la confianza casi ciega que nos transmite la escritura. Sabido es que el otro se descubre en la palabra, y ante el afán de darse a conocer se escriben pequeñas autobiografías, reales o ficticias, que ahora mismo reposarán en la estantería virtual donde se están archivando las memorias del nuevo milenio. Las voces se multiplican, y en cualquier lugar del planeta puede haber alguien interesado en pegar la hebra contigo. La escritura se vuelve fragmentaria, concisa, leve, pero gana en espontaneidad. También se miente y se esconde la identidad, pero todo hace parte del nuevo juego de relaciones. En especial, se goza del anonimato que permite a quienes deseen mudar de sexo, de nacionalidad, de profesión, de raza, cambiar la edad y la apariencia para

expresarse con absoluta libertad.

Al quitarle el misterio a la escritura se gana una nueva posibilidad de expresión que ayuda a disminuir las tensiones y el estrés. Visto positivamente, Internet contribuye a fomentar el hábito de la escritura que ayuda a ordenar las ideas y, extendido a una mayoría de escritores anónimos, a ordenar un poco el caos que vivimos. No faltan los excesos, como los de aquellos navegantes empecinados en bombardear los buzones de sus amigos con chistes, con test de dudoso origen, alarmas sobre temibles virus, mensajes edificantes o solicitudes de carácter humanitario que terminan por desequilibrar los nervios del destinatario. O de los exhibicionistas de la palabra que encuentran un público incauto para sus aberraciones. Por suerte, basta un *click* para eliminar lo indeseado.

En la polis griega, los ciudadanos concurrían a los torneos deportivos con el mismo entusiasmo

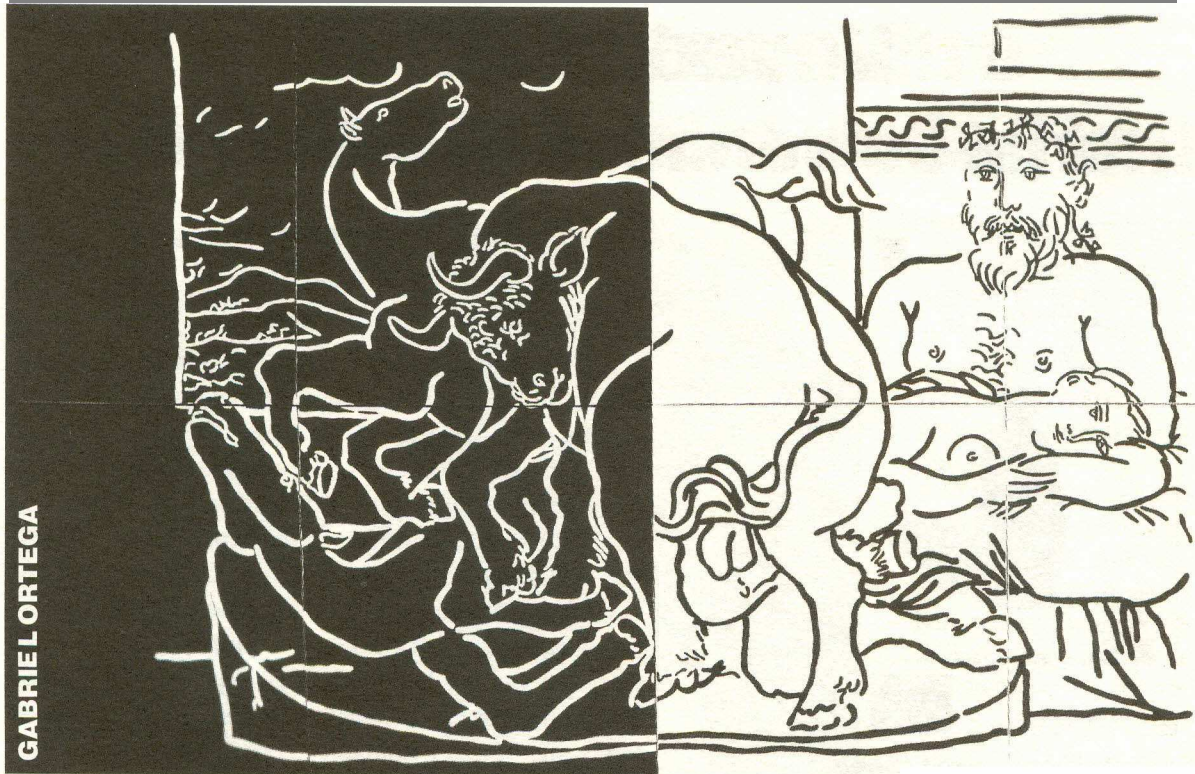
que a los torneos oratorias en las plazas públicas. Su competencia argumentativa les permitía participar en las decisiones sobre los asuntos públicos y ser interlocutores de los gobernantes. Con la aparición de la imprenta de Gutenberg, hace cuatro siglos, la escritura comenzó a convertirse en privilegio de una minoría culta, hasta llegar a la moderna industria editorial cuyos procesos de selección responden a los engranajes del mercado. Por fuera de esa industria flotan los cadáveres de escritores frustrados. Las nuevas tecnologías responden a un fin más democrático: cualquiera que tenga algo publicable puede buscar su sitio en el espacio sideral. Cualquiera puede escribir su historia personal o defender las ideas más atrevidas e ingresar en la galería de los internautas anónimos famosos. Cualquiera que necesite un desahogo puede hallar una página donde se acojan sus penas y desvaríos. Y aunque algún escéptico, como el escritor portugués José Saramago, tan amigo de

las saudades, ha
sentenciado que jamás
una lágrima se verterá
sobre un computador,

que caen, caen.

*Maryluz Vallejo Mejía,
profesora de Periodismo de la*

*Facultad de Comunicaciones de
la Universidad de Antioquia*



GABRIEL ORTEGA

Literatura en Abril

Por: Luis Germán Sierra J.

LITERATURA EN ABRIL es un programa de la Universidad de Antioquia, que se propone, básicamente, crear la oportunidad de que el público universitario y de la ciudad en general, se acerque a algunos textos literarios en la voz de sus propios creadores. Desde la teoría de algunos aspectos de la literatura, hasta la lectura en público de poemas, cuentos y

ensayos. No es un programa que se proponga trascender lo que por sí mismo es importante, sino ofrecer la opción de que los autores compartan un espacio con el público, y que éste, al final, haga su propio balance. Dicha relación autor-texto-lector debe a su vez estar mediada por el placer de la lectura, por la sincera curiosidad hacia la obra de arte, por la búsqueda de los lenguajes que nos acerquen a hechos estéticos auténticos.

Pensado, organizado y soñado por el Área de Literatura, el Sistema de Bibliotecas y la División de Extensión Cultural de la Universidad, con el empeño y el apoyo de la Rectoría, que le ha querido dar al 2000 el carácter de Año de la Cultura en la Universidad,

LITERATURA EN ABRIL, que ahora llega a su segunda versión, tiene como invitados a Fernando Charry Lara, Darío Jaramillo Agudelo, Andrés Nanc1ares,

Orlando Gallo, Ester
Fleischer, Pascual
Gaviria, Robinson
Quintero, Óscar Castro,
Javier Escobar Isaza y
Ernma Lucía Ardila.

Cuento, poesía y ensayo
son sólo modalidades del
arte literario, donde la
lengua pone a prueba sus
ductilidad y su música,
su textura y su sentido, su
condición comunicadora

de símbolos y su
condición creadora de
silencios.

A ello apunta
LITERATURA EN
ABRIL. En ello pone sus
intenciones este
programa que quiere, una
vez más, colmar algunos
espacios universitarios
con la palabra narrativa,
con la reflexión del
ensayo, con los blancos

del poema. Que quiere,
una vez más, y muchas
veces más, propiciar el
escenario para que el
encuentro entre lectores,
textos y autores, entre la
mirada atenta y la viva
imaginación, conforme
un gran abrazo.

*Luis Germán Sierra J.,
Coordinador Cultural Sistema
de Bibliotecas.*

Reflexiones sobre el 22 de abril - Día de la Tierra



Matisse. *Los peces rojos* (fragmento), 146 x 97 cms. 1912

Por: **Fernando Valencia**

Con el surgimiento de la agricultura durante el período Neolítico, la especie humana comenzó a crear sociedades, que más adelante se convirtieron en civilizaciones, cuyo común denominador fue establecerse cerca de los grandes ríos y de las zonas más benéficas en cuanto a clima y productividad.

Al establecerse los cultivos, se domesticaron plantas y animales, que permitieron al hombre

ubicarse en sitios fijos. Luego se inició el proceso de urbanización que, mediante un esfuerzo masivo, desembocó en la industrialización y recientemente en la migración masiva de los habitantes de las zonas rurales a las urbanas, en gran parte de los pueblos en vía de desarrollo.

Todos estos factores han permitido una interrelación hombre-ambiente, que en muchos casos ha presentado desequilibrios entre hombre y naturaleza, y ha producido, en última instancia graves

repercusiones sobre la existencia misma del ser humano. Para conservar la naturaleza sin detrimento de la humanidad, es necesario adoptar un modelo que permita mantener los procesos de los ecosistemas, el reciclado natural de los elementos, la energía y el agua, además de comprender que el hombre no es independiente de su entorno natural.

Por lo anterior, es oportuno aprovechar la celebración del Día de la Tierra para analizar algunos aspectos sobre la magnitud de nuestro planeta y de los riesgos que sobre él se ciernen:

* La humanidad, con una población de más de 6.000 millones de habitantes, puede ser la responsable, en los próximos 30 años, de la desaparición de cerca del 20% de las especies vivas del planeta.

* De 800.000 especies de plantas comestibles, sólo 150 se cultivan en la actualidad, de éstas el 12% provee el 80% de todo el alimento, y solamente cuatro especies, trigo, maíz, arroz y patatas, proveen el 60% de la alimentación humana.

* Colombia posee 53.2 millones de hectáreas cubiertas de bosques naturales, 21.6 millones por otros tipos de vegetación en áreas de sabanas, zonas áridas y húmedas, 1.10 millones por aguas continentales, picos de nieve y asentamientos urbanos, y aproximadamente 38.4 millones se encuentran bajo uso agrícola y procesos de colonización.

* Sólo el 16% de la superficie terrestre posee bosques húmedos tropicales, y de esa porción Colombia tiene el 1.6%.

* A pesar de que Colombia es un país potencialmente rico en alimentos, el mal manejo de los recursos naturales, la contaminación, la deforestación y la falta de

aplicación correcta de las leyes ambientales la han llevado a estar, a partir de 1995, en la lista de la FAO como uno de los países candidatos para una futura escasez de alimentos.

Todo esto nos lleva a pensar en lo que significaría la pérdida de los recursos naturales:

* Amenaza para la provisión de alimentos de la humanidad.

* Grave deterioro de las fuentes de madera, medicina y energía.

* Deterioro en funciones ecológicas tales como el control de suministro de agua, control de la erosión de los suelos, purificación del agua, y los ciclos del carbón, nitrógeno, oxígeno, etc.

*Fernando Valencia, Curador
Sección de Ciencias Naturales
Museo Universitario*

Sobre el proceso creativo

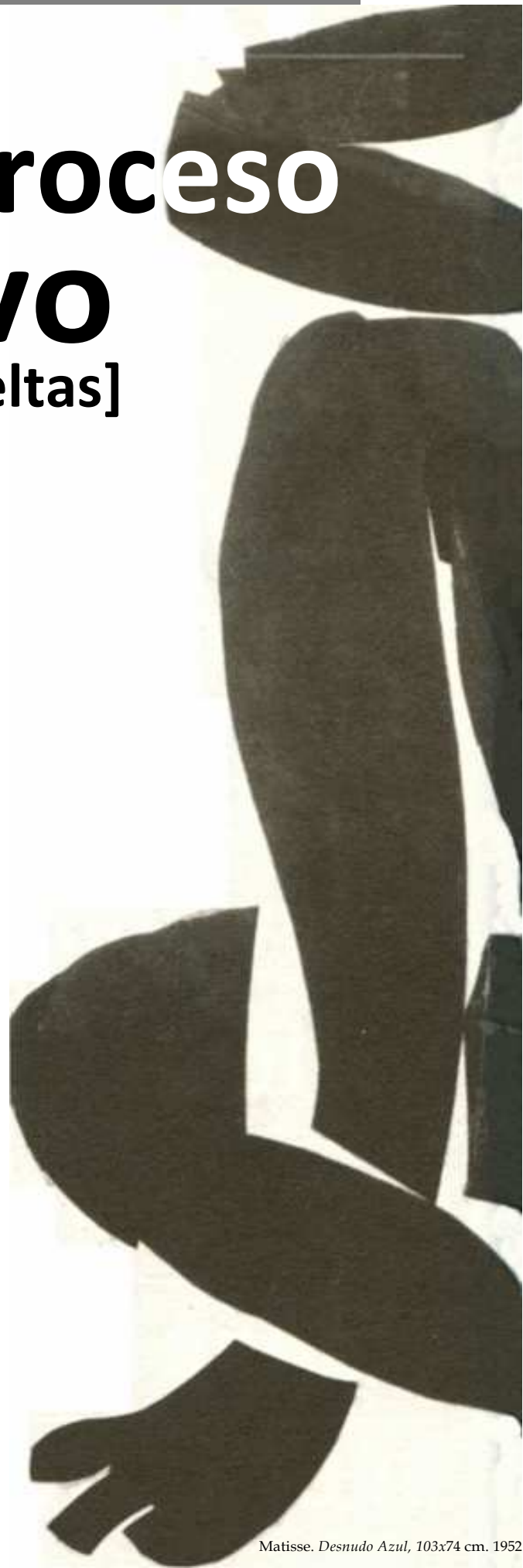
[ideas sueltas]

Héctor Abad Faciolince

Lo siguiente eran los apuntes o el borrador para un ensayo nunca escrito.

Pido perdón por los cabos sueltos y por los pensamientos inconclusos.

El tema de una novela tiene que ser una obsesión; y la novela misma, el proceso de escritura, el esfuerzo del resultado, es la manera que uno tiene para deshacerse de esa obsesión. La obsesión es lo que permite concentrarse horas y horas en un mismo asunto; y esa concentración, en tiempo y en intensidad, precisamente concentra, es decir, reúne, enfoca todas las fuerzas del cerebro y de la sensibilidad hacia una misma dirección. Sin estos elementos, el obsesivo (el escritor suele tener una personalidad obsesiva) y el de concentración, no se produce otro paso fundamental: el que desplaza el trabajo creativo, del nivel consciente al inconsciente. Llega un momento feliz en que uno no tiene que concentrarse ni esforzarse tanto; ya el trabajo lo hace el cerebro por su cuenta, por allá solo, en una zona oscura en la que la voluntad no influye, y donde encuentra caminos, analogías, términos, frases. Cuando se llega a ese estado de creatividad inconsciente, todos los estímulos cotidianos y todos los recuerdos y las lecturas y las vivencias empiezan a pasar por ahí, a ser filtrados por ahí, por esa zona oscura, a pasar por el cedazo de lo que se está buscando, a ver qué asociaciones





útiles se quedan atrapadas, engarzadas por decirlo así en el filtro de ese tamiz.

Otro filtro confiable es el olvido. Los olvidadizos dejamos que muchas cosas se pierdan y confiamos en lo que permanece registrado: un nombre, una frase, una circunstancia, es lo que vale la pena. Porque el olvido es el basurero de la creación.

Uno baraja en el cerebro, casi literalmente baraja, miles de posibilidades, pero selecciona sólo algunas opciones felices o favorables: en esa selección (que se llama buen gusto, o mal gusto, según otros) está la diferencia. En esto que se baraja hay una componente de suerte, de casualidad, pero la casualidad sola no explica nada: hay que saber. A alguien podría ocurrírsele una idea genial y dejarla pasar, no darse cuenta, no verla. El artista es alguien que se da cuenta, que reconoce la idea buena, por ejemplo, en la creación verbal de un busero, que no sabe que acaba de escribir un verso: en un piropo, en un insulto. El estudio, el conocimiento de una tradición, de todo un trabajo de montones de generaciones, es lo que permite reconocer lo valioso en las miles de ocurrencias. Se le ocurren ideas con las que no está de acuerdo; mismo (casi diría que la mayoría de las veces) se le ocurren ideas de mal gusto: facilistas, bobas; la creatividad consiste también en tener el carácter, la disciplina y la autocrítica necesarias para desechar las malas ideas. Así como en los descubrimientos o en los experimentos es muy difícil ver lo que uno no ha previsto desde antes como una hipótesis posible, así en el arte, es difícil ver, oír, percibir una idea, una ocurrencia, si uno desde antes no sabe más o menos qué está buscando, o por lo menos si no está preparado para distinguir cuándo se ha encontrado algo. Picaso decía: "yo no busco, encuentro", pero para encontrar cosas siempre tan buenas como las tuyas hay que reconocer muy bien qué vale la pena de lo que se encuentra. También Picaso dijo:

"La inspiración lo tiene que pillar a uno trabajando."

Otra circunstancia indispensable, fuera de la

obsesión y la concentración, fuera del trabajo, al menos para mí, es la tranquilidad: esto quiere decir, el menor número posible de ocupaciones y preocupaciones ajenas al trabajo literario en sí. Es muy difícil producir un buen capítulo en el estrés de un trasteo, en el dolor de un luto, en la preocupación de un proceso penal. Cuando ya el proceso penal se resuelve o, mejor dicho, cuando ya estamos resignados a pasar ocho años en la cárcel, es posible recobrar la fuerza para crear algo. No es tanto la tranquilidad exterior (soy capaz de escribir en el barullo de un aeropuerto) sino la interior, la que me logra conectar conmigo mismo, de un luto, en la preocupación de un proceso penal. Cuando ya el proceso penal se resuelve o, mejor dicho, cuando ya estamos resignados a pasar ocho años en la cárcel, es posible recobrar la fuerza para crear algo. No es tanto la tranquilidad exterior (soy capaz de escribir en el barullo de un aeropuerto) sino la interior, la que me logra conectar conmigo mismo, con lo que me interesa.

Los objetos son creaciones colectivas, en muchos sentidos

Otra circunstancia indispensable, fuera de la obsesión y la concentración, fuera del trabajo, al menos para mí, es la tranquilidad: esto quiere decir, el menor número posible de ocupaciones y preocupaciones ajenas al trabajo literario en sí. Es muy difícil producir un buen capítulo en el estrés de un trasteo, en el dolor de un luto, en la preocupación de un proceso penal. Cuando ya el proceso penal se resuelve o, mejor dicho, cuando ya estamos resignados a pasar ocho años en la cárcel, es posible recobrar la fuerza para crear algo.

acumulativas: no puede haber computadores como los que usamos, sin la invención del fuego, de la metalurgia, del plástico y obviamente de la electricidad y del transistor. El diseño de una silla es también un proceso de siglos: al sillón más cómodo se llega por acumulación de horas sentados en sillas mucho menos cómodas que los sillones.

El trabajo artístico, al menos el literario, es más solitario y mucho menos acumulativo: ya al principio, con Homero, estamos en la cumbre. No estábamos en ese período, en Grecia, en la cumbre de las sillas ni de los carruajes ni de los acueductos ni de las comunicaciones, pero sí en la cumbre de la literatura: la evolución

artística no es hacia adelante, como la evolución técnica y, tal vez, la biológica. La evolución artística se parece más a la evolución de las religiones: no son mejores las de ahora que las de hace cinco mil años. En el caso de la literatura esta ausencia de evolución progresista puede estar relacionada con el hecho de que nuestro instrumento de trabajo, el lenguaje, es muy antiguo, mucho más antiguo que la escritura, y por lo tanto hace mucho que se llegó a un nivel muy alto de eficacia en la creación lingüística. Basta que un idioma tenga la suficiente antigüedad, la suficiente riqueza para ser un instrumento digno de literatura.

¿Qué es lo original? No es, podría asegurarlo, la



Matisse. *Las velas* (Fragmento), 72 x 60, 1952

idea primera, eso que se llama idea original, es decir lo primero que a uno se le vino a la cabeza. A veces es más original el resultado final que la idea inicial. Los surrealistas, que defendían la escritura automática, defendían un sentido bastante restringido de original: original como lo primero, lo no filtrado, lo espontáneo y ajeno a la voluntad. Pero los resultados por este camino son muy dudosos. El producto final está siempre hecho de muchos arrepentimientos, de correcciones, cambios pequeños o grandes, de

lima eterna, de ampliaciones a más no poder. La iluminación, es decir, la obra que sale entera palabra por palabra es más bien una falacia romántica, o mejor, una exageración romántica, porque es verdad que sí hay iluminaciones momentáneas: se descubre un tema, un tono, un personaje, una solución, un camino; hay pedazos, páginas, capítulos, que salen bien de una, pero la gran mayoría son siempre trabajables, mejorables. O lo contrario: empeorables, hay gente que se tira en todo corrigiendo sin

cesar. Hay creadores meticulosos, que se dedican a pulir y que hacen del proceso de pulir una virtud; los hay impetuosos que se dedican a producir sin mirar para atrás. Los hay que son mezcla de ambas cosas y son tal vez los más completos.

Sobre todo en poesía hay que tenerles pavor a las ideas más inmediatas y espontáneas, que suelen ser las peores. No por malas en sí, casi siempre, sino por trilladas. No es que de poetas y de locos todos tengamos un poco; lo que pasa es que en el fondo de cada hombre, de cada mujer, anida un mal poeta. Lo que hacen los buenos poetas es no dejar salir nunca o casi nunca al mal poeta que todos llevamos dentro.

Pero lo creativo, lo original, entonces, ¿sería solamente lo nuevo? Tampoco es lo nuevo: hay originalidad en lo imitativo.

La escritura automática de los surrealistas; la escritura que intentaba imitar, seguir el modelo de los maestros clásicos, según la fórmula renacentista; la búsqueda de la originalidad a toda costa de los románticos (el gesto heroico, la extravagancia con tal de ser originales).

¿De dónde sale el animal fantástico de un bestiario? ¿Es sólo mezcla de animales existentes? (garras de león, pico de águila, cuerpo de lagarto...) A veces no es sólo mezcla: inclusive en la descripción de animales que se ven, interviene la imaginación: la descripción de los animales y frutos de América vistos por primera vez por los españoles: la descripción de los caballos montados vistos por primera vez por los indígenas. La mente de los hombres crea, descubre e interpreta: el dragón o los dioses de cada pueblo son una creación; los animales que todavía hoy se encuentran (en el periódico sale por ejemplo: tres nuevas especies de ranas) son descubrimientos; las descripciones de los nuevos animales son interpretaciones.

¿De dónde salen las historias? Alguien puede ser muy creativo, inclusive respetando reglas muy rígidas. En ciencias, en matemáticas, se es creativo y se respetan reglas: de exactitud, de verificación, de pruebas. También en un juego se puede ser creativo dentro de ciertas normas: el Tino dentro de las reglas del fútbol, Deep Blue en el ajedrez, son

creativos. Pero también en literatura se es creativo dentro de ciertas reglas: las de cada lengua, en principio, por ejemplo el español: que no me dice lo que tengo que escribir, pero sí me dice, hasta cierto punto, cómo, con cuáles palabras y normas gramaticales tengo que redactar mis propias ideas. Pero también otras más estrictas. Un soneto, por ejemplo, es un esquema poético rígido, con acentos, longitud silábica, número de versos y de rimas obligatorias. Pero dentro de esta rigidez hay espacio para una gran creatividad: se puede ser manierista, imitativo (y dentro de un manierismo producir algo nuevo), o se puede ser un innovador total, hasta dentro de un esquema. El exceso de libertad creativa es bien difícil de soportar y manejar; a ese exceso de libertad obedece parte de las dificultades del arte del siglo XX. Las libertades que se tomaron algunos artistas, persiguiendo provocar, se tomaron como norma, y en esa imitación de la falta de normas estamos perdidos. Ha pasado algo ridículo: como si de un día para otro resolvieran que, en el ajedrez, se suprimen las reglas y cada cual juega como le dé la gana: el encanto del

juego, el reto del juego se pierden. Claro, el reto del arte consiste también en derogar y en inventar nuevas reglas, pero la parte destructiva no puede ser la única: después de destruir hay que demostrar que se ha creado algo nuevo: en música, quienes se fueron contra la música tonal, tienen algo que mostrar; en arte, quienes se fueron contra el arte figurativo, tienen mucho que mostrar; en ciencias, quienes reemplazaron la mecánica de Newton, tienen mucho que demostrar.

Una labor creativa ha sido por ejemplo la de romper con las fronteras de los géneros: esto es novela, esto es ensayo, esto es cuento, esto es épica, esto es poesía, esto es filosofía: se pueden saltar esas fronteras con resultados interesantes.

Es difícil saber si esto que estoy diciendo se está diciendo por primera vez. Sería muy vanidoso pensarlo. Ante todo, estoy usando palabras que yo no inventé, estoy usando palabras que millones y millones de personas han estado usando durante siglos. Podría inventar una palabra nueva que suene muy española, por ejemplo, terrano, pero en eso tampoco consistiría la

originalidad. ¿Con palabras viejas estoy diciendo una idea nueva? También es poco probable: ese es el privilegio de unos pocos. Hay un verso de Machado: “a distinguir me paro las voces de los ecos”. Generalmente lo que decimos es sólo un eco: eco de lo que hemos leído, de lo que hemos oído, de lo que hemos visto. Sin embargo es posible que hoy, aquí, alguien haya combinado las palabras de una manera que es la primera vez en que se combinaban. Eso no es un mérito en sí. Cualquiera lo puede lograr metiendo en un cacho diez palabras y distribuyéndolas al azar. Lo nuevo por nuevo no es original: tiene que

sentirse, al mismo tiempo, un eco, y algo original, para que podamos reconocer una voz nueva.

Para decir algo nuevo sobre cualquier asunto, uno puede tomar dos actitudes: no consultar lo que los demás han dicho al respecto, o tratar de consultarlo todo. Creo que la segunda actitud es la más productiva. La primera, está casi siempre condenada a repetir lo que otros ya dijeron. En ciencias es obvio que uno quiera saber exactamente cuál es el estado del arte: no empiezo a hablar del átomo a partir de la nada. En literatura es menos claro, pero también. No es tanto el tema lo que se consulta, pero es

prácticamente imposible escribir bien sin haber leído mucho: salvo que uno sea Homero y miles de juglares decanten por siglos (mediante el sabio filtro del olvido y las añadiduras) el primer canto que salió de su lengua.

En el origen, casi siempre, una obsesión: una obsesión amorosa, por ejemplo. Lo que se vive intensamente es ya el borrador de una novela.

Héctor Abad Faciolince, escritor colombiano. Autor de Historia de un hidalgo disoluto, Tratado de culinaria para mujeres tristes, Fragmentos de amor furtivo y Basura.



GABRIEL ORTEGA

Sobre la Literatura

Por: Darío Ruiz Gómez

Es ya muy común y corriente leer algo así como «fe en la palabra», «confianza en la palabra escrita» para, en tiempo de crisis, mostrar el optimismo de que la palabra escrita no va nunca a morir. Y a renglón seguido solemos escuchar -entre otros- dos argumentos ya manidos en la academia universitaria: el silencio después de la palabra en Mallarmé y el silencio que se hace en la palabra en Samuel Becket. Yo aclararía, refiriéndome a este último, el silencio dentro del lenguaje porque si Mallarmé introduce el silencio como parte de la palabra para dotar a ésta de lo que es no sólo misterio, enigma, sino indecible; en Becket, a través del absurdo, el lenguaje, cargado ya de suficiente non sense se aboca al muro del silencio de quien ya no sólo desconfía de las palabras sino que guardará para siempre el prejuicio ante el lenguaje y las palabras por considerar que carecen de capacidad para nombrar el mundo.

Nombrar el mundo. No es que las oscuras golondrinas de Bécquer o los cisnes de Rubén sean los causantes de que el lenguaje haya desembocado en lo patético de un sentimentalismo desacreditado, sino que ambas figuras habían comenzado a perder fijeza como imagen y ante los ojos del usuario se desvanecían lenta pero dolorosamente y para siempre, así como desaparecía ese tipo de sentimiento amoroso. La grandeza de Mallarmé es haber agotado en esas imágenes evanescentes para llevarlas hasta el silencio, hasta “ese no sé que queda balbuceando” de San Juan, y, a partir de ahí lograr la imagen del

balbuceo, la presencia de ese gesto indecible, lágrima, sollozo ahogado, que constituye la figura imborrable de una ética amorosa en declive.

Este silencio de lo imborrable, la muda presencia de una huida que deja sin embrago su huella en el umbral polvoriento, constituyen en la narrativa de Henry James la manera de establecer en la retórica asfixiante del relato la pausa que indica un sentimiento extraviado, el silencio creado por la palabra que no fue nunca pronunciada o, en todo caso, la gramática de las emociones en el ojo que llora o brilla, en el labio que tiembla, en los brazos que se ahuecan para

Toda verdadera literatura se sitúa siempre en una frontera que ella misma certifica, por eso el lector es aquel que no ha huido del lenguaje sino que al habitarlo ha podido descubrir las impostergables herencias que lo asedian y responsabilizan ya que, la imaginación no es una fantasía gratuita sino esta serie de valores como la generosidad, la capacidad de renuncia, la responsabilidad ante la muerte, la capacidad de asumirse en el olvido para adentrarse, por fin, en el corazón de las cosas.

recordar un cuerpo amado. Hablar de la vida, exigirla hace igualmente un reclamo que devino en cliché literario, pero la vida como una actividad compulsiva, sin espacio posible para ese instante en que al mirar hacia atrás surge la ola del recuerdo, para que Nick Adams en el camino del alba sienta en su pecho el alborotado reclamo de sus sueños. Toda imagen crea una exigencia ética que el mediocre apaga para eludir su reclamo, esa exigencia confusa en principio pero que, cuando alcanza la claridad, se transforma en decisión impostergable. La dificultad de dar forma a «El hombre sin atributos» significa en Musil esta larga y dolorosa expectativa para hacer que esa forma sea, como diría Sartre, ya una moral implícita. Aquí lo que llamamos pausa o intervalo no es otra cosa que la comprobación de una ausencia de contenidos desde los cuales en otras épocas cada quien hablaba de proyectos, otros más optimistas de futuro.

A la palabra pensar como a la palabra reflexionar se

les ha dado una connotación jurídica: tienes que pensar, tienes que reflexionar. Pero una y otra suponen no un castigo despiadado que nos separa del mundo, que nos desgarrar de nosotros mismos, sino, ante todo, el intento de crear el instante propicio para que el furtivo mundo se haga realidad en nosotros como metáfora. La nada nadea y la cosa cosea:

Heidegger ve la caída de la nieve, siente en esa albura que cubre las cosas, la piedra, la arena de Novalis, la oscura silueta de los árboles, el murmullo sólo audible en el alma de las hondonadas. Esto es la epifanía: soy en esa piedra labrada por la corriente, memoria soy en esos rastros de las arenas doradas, sueño inmemorial en las nubes pasajeras que vienen del Ganges.

Pocos pensadores como Walter Benjamin han llegado a unir de nuevo la palabra con aquello que nombra y más allá de este acto adánico superar esa función para alcanzar las alturas infinitas de las

imágenes únicas, fuentes únicas a su vez de las metáforas o sea de esos momentos que la costumbre ignora, que la desidia moral no logrará ver nunca: "... y donde quiera que un árbol susurra se oye la voz de un lamento. La naturaleza es triste porque es muda. Vive en toda tristeza la más profunda tendencia al silencio, y esto es infinitamente más que incapacidad o mala voluntad para la comunicación. Lo que es triste se siente enteramente conocido por lo incognoscible. Ser nombrado -incluso cuando quien nombra es un bienaventurado y similar a Dios- sigue siendo quizás un presagio de tristeza".

¿Es acaso imposibilidad mía como escritor ser incapaz de nombrar mi propia tristeza y remitirla a las imágenes que se transformaron para mi y eternamente en la metáfora de la tristeza? No, porque mi pena cuenta ya con la compañía que le concede siempre la genealogía de esas imágenes: volver a llorar, regresar a los inmensos y claros

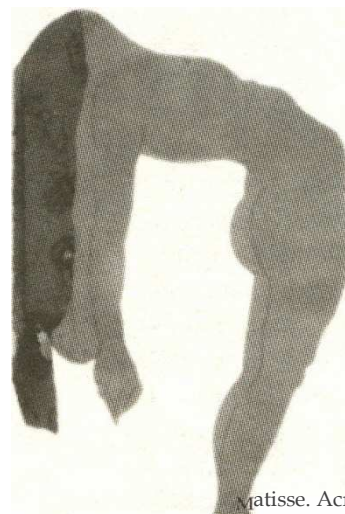
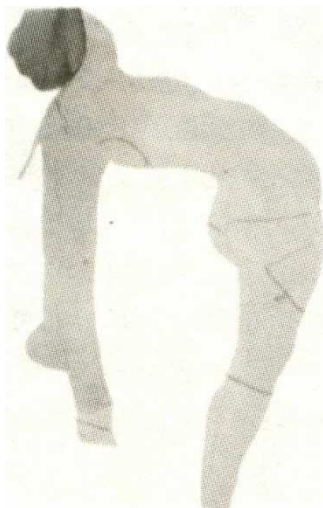
espacios del país de las lágrimas. La hermosa cabeza de mi padre sumiéndose en la muerte cobró el halo que solo concede la leyenda cuando ha sido recuperada en el interior de la memoria de la sangre. Llorando, recordé la hermosa novela de Jame Agge "Una muerte en la familia", el vibrante retrato del padre. ¿Literatura o vida? Hay pues un borde invisible a los ojos y a la supuesta sensibilidad del profano, del académico donde se produce y se diferencia la literatura, que, es la capacidad de crear estos momentos, de hacer los vívidos y sobre todo paradigmáticos para nosotros y esa palabra que no remite a nada y que después de leída desaparece de nuestro

ánimo, incapaz de leerlo, de hacer propicia la verdadera nostalgia y de concedernos, como la música, un pasado del cual carecíamos.

Toda verdadera literatura se sitúa siempre en una frontera que ella misma certifica, por eso el lector es aquel que no ha huido del lenguaje sino que al habitarlo ha podido descubrir las impostergables herencias que lo asedian y responsabilizan ya que, la imaginación no es una fantasía gratuita sino esta serie de valores como la generosidad, la capacidad de renuncia, la responsabilidad ante la muerte, la capacidad de asumirse en el olvido para adentrarse, por fin, en el corazón de las cosas.

Esto hace cuestionable el libro que llamamos libro por indolencia moral, los géneros que seguimos llamando novela, ensayo, etcétera por deformación estética, y la literatura que seguimos llamando novela, ensayo, etcétera, por deformación estética y la literatura que seguimos llamando literatura por una mera convención social o porque anestesiados por la industria de la cultura somos incapaces de descubrirla, repito, en los umbrales que ella silenciosamente certifica, en las invisibles fronteras que ella misma crea.

Darío RUIZ Gámez, profesor Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Autor de Hojas en el patio y El recuerdo que tengo.



Matisse. Acróbatas, 213 x 209,5 cm. 1952